

Mundo diverso



© Juan Pablo Echeverri. *soMos*, 2011

La censura es uno de los medios más expeditos para lograr que cualquier cosa se convierta en un asunto de interés general; la paradoja tiene lugar cuando lo censurado termina por imponerse frente a la fuerza que lo desea suprimir y, contradictoriamente, esta termina funcionando como un simple reflector que ilumina la escena donde se regocija lo reprochado.

Débora Arango Pérez (Medellín, 1907-Envigado, 2005), una de las artistas históricas más valoradas de la escena latinoamericana en la actualidad, es un ejemplo de lo anterior. Al inicio de su carrera, justo en la mitad del siglo pasado, cuando la violencia del país hacía emerger una imagen de realidad desbordada, su trabajo fue sistemáticamente reprobado y rechazado; la razón: no concordaban su estilo y forma de representación con el canon establecido y permitido. Por otro lado, su trabajo distaba mucho de lo que se esperaba de una joven de su condición social en una de las ciudades más conservadoras, religiosas y pacatas de Colombia, como lo era la Medellín de los años 40. Su tra-

bajo de representación femenina, ciertamente sensual y provocador, encarnado en sus grandes acuarelas de mujeres desnudas, con cuerpos reales, normales, sin tapujos y deseantes, fueron los argumentos que usaron sus detractores para apartarla, arrinconarla y llevarla hasta el destierro en su propio terruño, su Casa Blanca que daba la bienvenida a Envigado, entrando desde Medellín. Este es solo un ejemplo, de miles que podemos encontrar del ayer y, lamentablemente, también del hoy.

Ser, pensar y actuar diferente son riesgos que pocos quieren asumir. Detrás de una postura retadora, que implique un cambio de paradigmas, siempre habrá un terreno de lo incierto que se abre. Como una puerta que lleva a un lugar nunca antes visitado, quien se aventura a traspasarla lo hace bajo la conciencia de que es una salida sin retorno, que su talento y fortuna son las únicas herramientas para emprender un camino, sólo motivado por la fuerte convicción de que no puede ser de otra manera. Esta fascinante actitud es claramente ejemplar, en tanto

no se demarcan límites forzosos y se habla, más bien, de fronteras móviles y blandas, sólo determinables en los confines de un mundo diverso.

El arte, en cualquiera de sus formas, es necesariamente el lugar de la diversidad, una determinada por la amplitud de criterio, por una lógica que reta la costumbre y, por tanto, una que propicia la apertura a nuevas concepciones éticas. Es la cultura en tal sentido el espacio privilegiado y la plataforma para nuevas perspectivas frente a lo que entendemos como normal, y es justo aquí, en el mundo de la expresión, donde la innovación hace su aparición y podemos concebir nuevas maneras de ver y hacer el mundo.

Hoy es impensable una condena a una mujer porque retrata a otra, porque admira su belleza o porque simplemente plantea una condición de género y/o sexo distinta a lo que se ha entendido como “normal” o “regular”, para hablar en términos de regla. No creo que alguien hoy se atreva a negarle un lugar en la historia del arte colombiano a una mujer como Débora Arango, una profesional que a través de su pintura nos ha dejado un testimonio sin igual, uno que nos permite ingresar a un mundo de intimidad que refleja, no sólo su condición de ser, sino también su propia admiración por la libertad y todo lo que ella conlleva. Una mujer que abrió camino a otras personas y gentes.

Para este número de la *Agenda Cultural Alma Máter*, continuamos con nuestra lógica de visibilizar ideas y procesos que nacen desde la diferencia, desde la condición misma de la diversidad, camino obligado para encontrar nuevas preguntas a la manera como vivimos, nos relacionamos y hacemos la vida en sociedad.

Diversidad sexual y de género es la temática que este dossier presenta. En la tapa, unas “caritas” que mezclan emoticones con partes reales del rostro de un sujeto hacen la obertura del tema. Juan Pablo Echeverri, su autor, y, a la vez, modelo para los rasgos humanos que han

sido seleccionados para la obra, es el artista que en esta oportunidad nos invita a pensar de manera divertida el modo como nos estamos viendo y, sobre todo, como nos mostramos a los demás. Su trabajo ha sido un testimonio de la pluralidad de sentidos alrededor de la reivindicación del derecho a ser lo que se desea, actuar como se desea y, en consecuencia, vivir con plena conciencia del sentido que brinda la autodefinición. Su obra ha estado ligada a su existencia como sujeto, a su proceso de trasegar como un ser único desde su diversidad.

“Miss Fotojapón”, que es una de las obras más representativas de este artista bogotano nacido en 1978, es un trabajo de carácter performativo que comenzó en el año 2000 y hasta ahora sigue en proceso. Todos los días, el artista se acerca a una tienda de fotografía para sacar una imagen de sí, una foto tamaño cédula que luego guarda para llevar a un collage gigante, una bitácora que da fe de cada uno de los días transcurridos en los últimos quince años, donde claramente se pueden comprobar y visualizar, no solo su compromiso con el acto creativo, sino su arrojo frente al proceso de entender su condición vital, su identidad, su ritmo y equilibrio, como si se tratara de un rito religioso.

Conjuntamente con la obra de Echeverri, este número presenta textos de Paloma Pérez Sastre, Isabel Cristina Jaramillo, Andrés Felipe Restrepo, Guillermo Correa Montoya; una conversación de Brigitte Baptiste con Carlos Vásquez y un poema de Raúl Gómez Jattin, con los que creemos, podemos dibujar un panorama reivindicador y claramente alentador sobre las posibilidades que otorga la diferencia.

Es un gran alivio saber que quienes se atreven y exponen desde la diferencia no van a dejar de estar, ni siquiera van a escasear. Su convicción, en suma, es un motor y, como ya se dijo, una paradójica prueba del poder que también otorga la censura.

Oscar Roldán-Alzate